

MAMÁ ANTULA

LA PERLA CRIOLLA

Por Pablo Javier DAVOLI.

29/11/16.

El 27 de Agosto del corriente año, fue beatificada por la Iglesia Católica, María Antonia Paz y Figueroa, popularmente conocida como “Mamá Antula”.

María Antonia nació en el año 1.730, en Santiago del Estero, en el seno de una familia patricia, en cuyo árbol genealógico se contaban conquistadores y gobernantes. Transcurrió su infancia en el campo, donde tuvo ocasión de tener contacto con aborígenes de la región. A los quince años de edad, decidió consagrarse a Dios, adoptando el nombre de María Antonia de San José. Dado que, en aquella época, no existían religiosas activas, María Antonia se convirtió en “beata” (denominación, ésta, que entonces se aplicaba a las que hoy se conoce como “laicas consagradas”). De este modo, vivió fuera del convento, junto con otras mujeres, llevando una vida activa en la sociedad y vistiendo (a guisa de distintivo de la condición asumida) una túnica negra.

Bajo la conducción de un sacerdote jesuita, el Padre Gaspar Juárez, se dedicaban a ayudar a los presbíteros, instruir a los niños, cuidar enfermos, repartir limosnas, coser y bordar. Tal como es sabido, en el año 1.767, el Rey Carlos III ordenó la expulsión de los Jesuitas de América. Por aquel entonces, María Antonia contaba ya con treinta y siete años de edad. Ante la expulsión, quiso reinstaurar los célebres “ejercicios espirituales” de San Ignacio de Loyola. La iniciativa fue recibida con reparos e, incluso, hostilidad en ciertos ámbitos. No obstante ello, María Antonia continuó con la ejecución de la misma.

Entre 1.768 y 1.770, nuestra heroína recorrió descalza los pagos santiagueños, convocando fieles, uno a uno. Luego pasó a transitar por otras provincias. Se fue caminando a Catamarca, La Rioja, Jujuy, Salta y Tucumán.

Gracias a la licencia propinada por el Obispo de Tucumán, los “ejercicios espirituales” ignacianos fueron aceptados nuevamente. Los mismos duraban diez días y su práctica se repetía a lo largo de todo el año. Durante su desarrollo, las damas convivían con sus siervas y, en tandas separadas, los hombres con sus ayudantes de campo.

Habida cuenta de los enjundiosos frutos recabados, María Antonia decidió ir a Buenos Aires. Los 1.400 kilómetros de caminata que semejante travesía implicaba y los graves peligros que la misma entrañaba no lograron amedrentar a esta valerosa mujer. Así las cosas, emprendió el camino para, finalmente, llegar a Buenos Aires en Septiembre de 1.779.

Una vez arribada en la ciudad, fue a visitar al Virrey y al Obispo. En un principio, la autorización le fue denegada. Pero ello estaba lejos de disuadir a María Antonia, quien reiteró sus visitas y pedidos a lo largo de un año, aproximadamente, hasta que obtuvo la licencia que buscaba. En 1.780 comenzaron los retiros en Buenos Aires. Ante los extraordinarios resultados rápidamente obtenidos, el Obispo decidió apoyar la obra. De este modo, llegaron a registrarse tandas de doscientas personas.

La comida que sobraba se distribuía entre los presos y los mendigos que concurrían a la Casa de Ejercicios. María Antonia escribía al respecto: “veo que la Divina Providencia me socorre indefectiblemente para su continuación y que cada día más experimenta el público el fruto de ellos. En cuatro años de ejercicios se han acercado más de 15.000 personas”.

Movida por un incansable afán apostólico (“quisiera andar hasta donde Dios no fuese conocido”, decía), se trasladó a Uruguay; más específicamente, a Colonia y Montevideo. Allí estuvo durante tres años. Una vez de regreso en Buenos Aires, empezó la construcción de la Santa Casa de Ejercicios Espirituales, sita en Avenida Independencia nº 1190 de dicha localidad. “Casa”, ésta, levantada como “obra de Dios y para Dios”, según los dichos de la

ejemplar patricia; la cual constituye -hoy- uno de los edificios más antiguos de nuestra ciudad capital.

Tan relevante fue la obra desplegada por “Mamá Antula” que la misma llegó a llamar la atención de una parte significativa del clero y la feligresía europea. Así, verbigracia, aquélla fue conocida en el monasterio de Saint-Denis de París (Francia), a cargo de la tía del Rey Luis XVI. Asimismo, las epístolas despachadas por “Mamá Antula”, donde relataba sus experiencias apostólicas, eran traducidas al latín, el francés, el inglés, el alemán e, incluso, el ruso. En 1.791, se editó un trabajo sobre nuestra “perla criolla”, denominado “el estandarte de la mujer fuerte”.

Es importante añadir aquí que María Antonia llegó a realizar -en vida- muchos prodigios. Por ejemplo, en ciertas ocasiones en las que escaseó el alimento para los “ejercitantes”, la comida se reprodujo en su olla; en otras circunstancias similares, el pan se transformó en fruta... También cabe aquí añadir que fue María Antonia quien introdujo en nuestro país la devoción a San Cayetano, tan popular y apreciada entre los argentinos.

El 7 de Marzo de 1.799, “Mamá Antula” falleció a los sesenta y nueve años de edad. Sus restos descansan en la Basílica de Nuestra Señora de la Piedad, ubicada en calle Bartolomé Mitre n° 1524 de Capital Federal. El 12 de Julio de 1.799 se le rindió homenaje en la Basílica de Santo Domingo. Al momento de su muerte, según estimaciones realizadas, entre 70.000 y 80.000 personas se habían beneficiado gracias a los retiros espirituales organizados por esta mujer argentina tan ejemplar e inspiradora.